



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 6. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 10 Febrero 1874. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIV.

SUMARIO.

Explicacion de los grabados, por doña Joaquina Balmaseda.—MODAS: Gola y chorrera de novedad.—Gola con lazo.—Fichú bordado.—Pañuelo-fichú.—Fichú de malla.—Pasamanerías de crochet para adornar trajes.—Diferentes flecos para guarnecer fichús ó abrigos.—LABORES: Angulo para tapete.—Angulo para almohadon.—Pantalla de hojas de cristal.—Arandela para pié de lámpara.—Cubierta para canastilla.—Almohadon bordado.—Bordado para silla.—Entredós de punto de aguja.—Puntilla de punto de aguja.—

Distintos fondos de punto de aguja para capuchas y fichús.—Pantillas, entredoses y cenefas de malla, crochet y punto de aguja.—LITERATURA: En un album, poesía, por D. Carlos Mestre y Marzal.—Recuerdos y desengaños, poesía, por Nicolás Díaz y Perez.—Retroceder á tiempo, por Adela Sanchez del Canto.—Angela, por Francisco Guerrero y Garcia.—El capital de la virtud, por Angela Grassi.—Secretos del hogar doméstico, por la Condesa de Araceli.—Explicacion del figurin

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1. BORDADO DE TAPICERÍA.

Es sumamente apropiado para almohadones de sofá ó para adornar una sillería completa, cortinajes y portiers. La lana céfiro castaño-moda para la cenefa y la seda de tono más claro para el fondo, deben escogerse de modo que armonicen con el color crudo del cañamazo, pues imita un tejido adamascado. Tanto la seda como la lana céfiro, deben elegirse de un grueso proporcionado á la finura del cañamazo.

2 y 3. ADORNOS DE PASAMANERÍA DE CROCHET.

Sirven para adornar paletots, vestidos ó trajecitos de niños. Ya dimos la explicacion acerca del modo de ejecutarlos en números anteriores, y casi no la necesita para las personas acostumbradas á labores de crochet.

4 y 5. ANGULOS PARA TAPETE Ó ALMOHADON.

Puede elegirse para fondo piel, paño, cachemir ó raso, segun el valor que quiera darse al almohadon. El número 4 se ejecuta con tres tonos de seda de un mismo color y algunos puntos de hilillo de oro: el bordado es á cadeneta y punto ruso. El núm. 5 se borda al pasado con seda gruesa y las venas y adornos con hilillo de oro. Si se borda en piel hay necesidad de hacer los agujeros ántes siguiendo los contornos del dibujo.

6 á 8. PANTALLA DE CUENTAS DE CRISTAL.

Materiales: Cuentas de dos verdes, cinta verde y alambre.

Compónese esta pantalla de hojas formadas por cuentas ensartadas en el alambre: el tamaño y número de hojas le determina el tamaño de la pantalla, y se enlazan las hojas por los tallos de alambre á un círculo de alambre grueso que debe pasar por la parte superior del globo, cuyo alambre se cubre después con una cinta rizada. Las hojas deben tener de 4 á 6 cents de ancho por 19 de largo: principiase por hacer el nervio del centro y luego el contorno, después de lo cual se vuelve á la punta de la hoja para rellenarla. El alambre con que se trabaja no debe tener más que de 60 á 70 cents. de largo, para que no se rompa: al comenzar una hoja se mide el largo y se vuelve á pasar el alambre por la penúltima cuenta, la que forma la punta de la hoja. El núm. 4 muestra la ejecucion de una hoja, que luego se arquea un poco, y el núm. 8 presenta otra clase de hoja en tul, adornada de cuentas, para lo cual se corta la hoja en tul de armar y se orilla con cuentas, haciendo de ellas las venas y el sembrado. Esta pantalla puede ponerse sobre un transparente de seda de color, y las hojas sueltas pueden servir tambien para sprit de un sombrero.



2. Pasamanería de crochet para adornar trajes.

Mosaico de piñas.

Diferentes veces hemos dado la descripción de esta clase de labores con frutos del pino, y en la que nos ocupa alterna este material con cabezas de adormidera, nueces y corteza de castañas: todos estos materiales deben ser primorosamente lavados con agua y cepillo ántes de coserlos al fondo con seda negra, aunque las castañas, nueces y adormideras se fijan mejor con una disolucion fuerte de cola. Esta labor va armada en un carton redondo de 30 cents. de diámetro, cuyo borde se recorta en seis grandes ondas, cubriendo el carton con paño verde ó grana ántes de fijar el mosaico.

9. ARANDELA PARA PIÉ DE LÁMPARA.

10. BORDADO PARA ARANDELAS Ó ALMOHADONES.

Materiales: Paño blanco, galon de seda marron, agreman del mismo color, torzal más claro y de varios colores, soutache de oro.

Este dibujo puede servir para el mismo objeto que el anterior poniéndole en el centro una cifra, y puede tambien utilizarse en almohadones ó tapetes. Los contornos exteriores van marcados por un agreman, y la cenefa la forman puntos rusos de color más claro que el fondo dentro de festones de cordón de oro. Los arabescos se bordan con sedas y oro á punto de contorno, y entre ellos van pequeñas flores al pasado de diferentes colores.

11 y 12. GOLAS PARA VESTIR.

El número 11 es una gola con chorrera armada en un biés de crespón de la China azul, del cual va el puño de muselina: la gola es de crespón liso blanco con piquillo de encaje, y forman la chorrera lazadas de crespón y escarapelas del rizado de la gola.

La número 12 se compone de un plegado de tul doble de 4 cents. de ancho y un tableado de faya de color, unidos ámbos en un puño de faya cortado al biés de 2 cents. de ancho y 14 de largo: el tableado, de faya, son dos tiras al biés, la una rosa, la otra gris, de 5 cents. de ancho y 122 de largo, uniéndolas por una costura interior y rizándolas en sola la parte del cuello, volviendo el resto como un cuello, para que solo quede alta por delante la gola de tul. El lazo que remata la gola es de faya de los dos colores, con las puntas terminadas por fleco deshilado.

13. ESQUINA DE PAÑUELO. (Véanse grab. 28 y 31).

Materiales: Treinta y ocho gramos de lana céfiro, agujas gruesas.



3. Pasamanería de crochet para adornar trajes.

Se pone este lindo fichú como indica el grab. 28, cruzado sobre el pecho y las puntas anudadas á la espalda sobre la esquina de atrás, grabado 31, que forma de este modo una graciosa aldeta. Puede reemplazar perfectamente á una chaqueta, tanto para casa como para llevarla al paseo bajo un abrigo ligero. Se emplea lana punzó, negra ó del color que se quiera, y se empieza montando 350

puntos que dan un largo de 220 á 225 cents. del lado al biés, mientras que los que estan al hilo miden cada uno 150 cents. de largo.

Se forma el triángulo trabajando juntos 2 pto. al principio y al fin de cada vuelta, yendo entre la cenefa y el fondo uno y otro, ejecutándose juntos y sin interrupcion. Cada vuelta empieza por un pto. sin hacer, 4 al derecho y termina con 4 pto. al derecho y uno al revés. La disminucion se hace ántes y despues de estos puntos (los cuales forman la cenefita mate) á cada vuelta al ir. La parte tupida empieza despues al lado de la disminucion, y queda adherida á la cenefita. Se trabajan alternativamente un pto. al derecho y uno al revés, durante dos vueltas, y durante otras dos vueltas uno al revés y uno al derecho, y así siempre. Es inútil advertir que las disminuciones se hacen sobre el fondo y no sobre la cenefa, que se continúa sin interrupcion con el mismo número de puntos, hasta que los dos bordes se encuentran abajo de la esquina de atrás, en donde terminan con un pto. El pié del fleco se compone de 2 vueltas de bridas caladas hechas á crochet.

La esquina de atrás (grab. 31), se empieza por la punta con 10 puntos, y se va creciendo gradualmente en los bordes laterales, para obtener el triángulo, al que se puede dar el tamaño que se quiera. Se termina sobrecargando los puntos á lo largo del costado al biés, mientras que si se quisiera hacer un fichú cuadrado, se debería continuar la labor en la direccion opuesta (con menguados á los bordes laterales) para la segunda mitad del fichú, que se termina como se ha empezado, por 10 pto. Despues de haberlos montado se trabajan las 4 primeras vueltas lisas al derecho, luego se ejecutan para la parte calada, y como 5.^a vuelta: un punto sin hacer, 2 al derecho, una trab., 2 al derecho, una trab., 2 al derecho, una trab., 3 al derecho. 6.^a vuelta: esta lo mismo que todas las demás que iremos mencionando, se trabaja lisa al derecho, solo que de cada trabilla se hacen 2 pto., uno al derecho y otro al revés; 7.^a y 8.^a vueltas: lisas al derecho; 9.^a vuelta: un pto. sin hacer, 2 al derecho, una trab., 10 al derecho, una trab., 3 al derecho; 10.^a, 11.^a y 12.^a vueltas: lisas al derecho; 13.^a vuelta: un pto. sin hacer, 2 al derecho, una trab., 4 al derecho, un pto. sin hacer, uno al derecho, se sobrecarga el punto sin hacer sobre este último punto, y luego una trab., un pto. sin hacer, uno al derecho, sobrecargando el punto sin hacer sobre este, 6 al derecho, una trab., 3 al derecho; 15.^a vuelta: un pto. sin hacer, 2 al derecho, un pto. sin hacer, uno al derecho, sobrecargando sobre este el punto sin hacer, una trab., un pto. sin hacer, uno al derecho, sobrecargando el anterior sobre este, 10 al derecho; 17 vuelta: un pto. sin hacer, 2 al derecho, una trab., 8 al derecho, un pto. sin hacer, uno al derecho, sobrecargando el anterior, una trab., un pto. sin hacer, uno al derecho, sobrecargando el anterior, 6 al derecho, una trab., 3 al derecho; 18, 19 y 20 vueltas: lisas al derecho; 21 vuelta: un pto. sin hacer, 2 al derecho, una trab., luego todo liso al derecho, y para terminar una trab. y 3 al derecho; 22.^a, 23.^a y 24.^a vueltas: lisas al derecho; 25 vuelta: un pto. sin hacer, 2 al derecho, una trab., 5 al derecho, un pto. sin hacer, uno al derecho, sobrecargando el anterior sobre este, una trab., un pto. sin hacer, uno al derecho, sobrecargando el anterior sobre este, 5 al derecho, una trab., 3 al derecho; 27.^a vuelta: un pto. sin hacer, 8 al derecho, un pto. sin hacer, uno al derecho, sobrecargando sobre este el anterior, una trab., un pto. sin hacer, 8 al derecho, un punto sin hacer, uno al derecho, sobrecargando sobre este el anterior, una trab., un punto sin hacer, uno al derecho sobrecargando el punto anterior sobre este, 11 al derecho; 29 vuelta: un pto. sin hacer, 2 al derecho, una trab., 5 al derecho, una trab., uno sin hacer, uno al derecho, sobrecargando sobre este el anterior, 8 al derecho, un pto. sin hacer, uno al derecho, sobrecargando sobre este el anterior, una trab., un pto. sin hacer, uno al derecho, sobrecargando sobre este el anterior, 12 al derecho; 30.^a, 31.^a y 32.^a vueltas: lisas al derecho; 33.^a vuelta: se empieza y se termina por un calado á cada borde de costado, y por lo demás, se la trabaja lisa al derecho; 34.^a, 35.^a y 36.^a vueltas: lisas al derecho. Con la vuelta 37 se empieza el tercer motivo de calados. Siguiendo las indicaciones del grabado, este se hace exactamente en la misma direccion, y se empieza á la misma distancia del borde que el primer motivo de calados. El número de puntos en los tres intervalos corresponde al segundo motivo de calados. Se continúa del mismo modo hasta que el fichú tenga el tamaño que se desea. Las borlas de lana se anudan en el borde calado.

14 á 16. FICHÚ DE MALLA.

Materiales: Lana céfiro negra y encarnada, esta última de tres tonos, un molde redondo de 1 1/2 cents. de grueso, y otro chato de 13 1/4 de ancho.

El fondo se trabaja con lana céfiro. El grab. 16 indica

el modo de empezarlo, y da una idea del tamaño de las mallas. Se empieza con una malla, en la cual se hacen 3 puntos y 88 vueltas, aumentando en cada una un punto en el centro. La cenefa de lana encarnada consta de 7 vueltas, las dos primeras con el tono más oscuro y las otras con el claro. En la primera vuelta se hacen (sobre el molde ancho) cada vez tres mallas en una del borde, dejando una intermedia; en la segunda (sobre el molde redondo) se alterna una malla lisa, y otra reuniendo dos mallas en una. Se repite esto mismo, 4 vueltas, solo que en la 3.^a y en la 5.^a se aumenta una malla despues de haber hecho dos á la vez. Despues siguen 2 vueltas lisas sobre el molde redondo. La cenefa que rodea el escote, vuelve en forma de cuello. La cenefa que representa el grabado 16, no necesita explicacion, pues se ve perfectamente los diferentes moldes que deben emplearse para ella y su ejecucion. La parte inferior se hace á malla rosa con lana cuádruple ó doble, si es lana céfiro la que se emplea.

17. FICHÚ BORDADO.

Es de gasa lisa negra recogido del centro con un lazo de cinta tambien negra. A la orilla lleva un fleco cuyo pié oculta la cinta, bordado turco que se ejecuta con cordoncillo de seda y seda plata encarnada, azul, castaño, verde de muchos tonos, lila, paja y boton de oro, naranja y rosa.

La cinta debe medir 4 1/2 cents. de ancho y se fija con puntos cruzados sobre el fondo. Todo el efecto consiste en el contraste ó armonía de los colores.

18. ENCAJE DE PUNTO DE AGUJA.

Se trabaja sobre agujas de madera con lana musgo y produce un efecto muy lindo sirviendo de guarnicion á un fondo liso.

Se empieza de este modo: 1.^a Vuelta: un pto. sin hacer, otro pto. sin hacer, al derecho sobrecargando el anterior pto. sin hacer sobre este. *un trab. 3 menguados juntos y se vuelve á la señal. Para terminar la vuelta una trab., un pto. sin hacer, uno al derecho sobrecargando el anterior, uno al derecho. — 2.^a Vuelta: lisa al derecho á excepcion de la trabilla de la cual se hacen siempre uno al derecho y otro al revés. — 3.^a y 4.^a Vueltas: lisas al derecho. Se repite desde la señal de la 1.^a vuelta. Cada picot hecho á crochet consiste en 3 pto. en el aire y 3 bridas tomadas en el pto. de enmedio de estas y seguidas de un pto. en el aire. En el intervalo de un picot al otro se hacen 3 pto. ds.

19 y 20. FLECOS PARA ADORNAR FICHÚS.

19 y 20. Se trabajan con cordoncillo de lana montando sobre gruesas agujas de acero 5 pto. para el 19 que se ejecuta repitiendo siempre un pto. sin hacer, uno al derecho, una trab., un pto. sin hacer, uno al derecho sobrecargando sobre este el anterior, uno al derecho.

El fleco se anuda con el crochet.

Para el 20 se montan 9 pto. haciendo para la 1.^a Vuelta: un pto. sin hacer, otro pto. sin hacer, uno al derecho sobre el cual se sobrecarga el anterior, una trab., un pto. sin hacer, uno al derecho sobre el cual se sobrecarga el anterior, uno al derecho. 2.^a Vuelta: lisa al derecho menos la trab. en la que se hace un pto. al derecho y otro al revés. 3.^a y 4.^a Vueltas: lisas al derecho. Se repite desde la 1.^a Vuelta anudando el fleco asimismo con el crochet.

21 y 22. Se hacen con lana musgo ó lana céfiro siendo sumamente fácil su ejecucion.

23 á 25. ENTREDOS Y ENCAJE DE PUNTO DE AGUJA.

Los entredoses pueden servir para fondo de pañuelos unidos unos á otros, rodeándole despues de un encaje: los modelos de fondo calado son de mucho más efecto cuando se pasa un cabo de seda plata alrededor de los calados como muestra el núm. 19.

23. Entredós. — Se ponen en la aguja 23 puntos, y se trabaja de los dos lados como en la faja, entendiéndose que las vueltas de volver, ó sean del revés, se hacen lisas del derecho.

1.^a vuelta. — Uno sin hacer, uno del rev., una trab., uno sin hacer, un meng., uno sin hacer, uno lis. y sobrecargado en él el anterior, una trab., uno del rev., 2 lis., uno del rev., una trab., un meng., 2 lis., uno del rev., una trab., uno sin hacer, un meng., uno sin hacer y uno lis. sobrecargando en él el anterior, una trab., uno del rev., uno lis.

3.^a — Uno sin hacer, uno del rev., una trab., uno sin hacer, un meng., uno sin hacer, uno lis. y sobrecargado el anterior, una trab., uno del rev., uno lis., un meng.,

una trab., uno del rev., una trab., un meng., uno lis., uno del rev., una trab., uno sin hacer, un meng., uno sin hacer, uno lis., y sobrecargado el anterior, una trab., uno del rev., uno lis.

5.^a — Como la primera.

7.^a — Uno sin hacer, uno del rev., una trab., uno sin hacer, un meng., uno sin hacer, uno lis. y sobrecargado el anterior, una trab., uno del rev., 7 lis., uno del rev., una trab., uno sin hacer, un meng., uno sin hacer, uno lis. y sobrecargado el anterior, una trab., uno del rev., uno lis.

Despues de la vuelta octava, que es lisa, se repiten la 7.^a y 8.^a para completar el dibujo y luego todo desde la primera vuelta.

24. Puntilla. — Principiase por 19 puntos y se hace:

1.^a vuelta. — Uno sin hacer, una trab., un meng., una trab., un meng., una trab., un meng., 6 lis., una trab., uno sin hacer, uno lis. y sobrecargado el anterior, una trab., uno sin hacer, uno lis. y sobrecargado el anterior, una trab., 2 lis.

2.^a — Uno sin hacer, 12 lis., una trab., un meng., una trab., un meng., una trab., un meng., uno lis.

3.^a — Uno sin hacer, una trab., un meng., una trab., un meng., una trab., un meng., 7 lis., una trab., uno sin hacer, uno lis. y el anterior sobrecargado, una trab., uno sin hacer, uno lis. y sobrecargado el anterior, una trab., 2 lis.

4.^a — Uno sin hacer, 13 lis., una trab., un meng., una trab., un meng., una trab., un meng., uno lis.

5.^a — Uno sin hacer, una trab., un meng., una trab., un meng., una trab., un meng., 2 lis., un meng., 2 trab., que se hacen á la vuelta siguiente con un punto del rev., y otro del derecho, uno sin hacer, uno lis. y sobrecargado el anterior, 2 lis., una trab., uno sin hacer, uno lis. y sobrecargado el anterior, una trab., 2 lis.

6.^a — Uno sin hacer, 10 lis., uno del rev., 3 lis., una trab., un meng., una trab., un meng., una trab., un meng., uno lis.

7.^a — Uno sin hacer, una trab., un meng., una trab., un meng., una trab., un meng., 9 lis., una trab., uno sin hacer, uno lis. y el anterior sobrecargado, una trab., uno sin hacer, uno lis. y el anterior sobrecargado, una trab., 2 lis.

8.^a — Uno sin hacer, 15 lis., una trab., un meng., una trab., un meng., una trab., un meng., uno lis.

9.^a — Uno sin hacer, una trab., un meng., una trab., un meng., una trab., 2 meng., 2 trab., uno sin hacer, uno lis. y el anterior sobrecargado, 6 lis., una trab., uno sin hacer, uno lis. y el anterior sobrecargado, una trab., uno sin hacer, uno lis. y el anterior sobrecargado, una trab., 2 lis.

10.^a — Uno sin hacer, 14 lis., uno del rev., uno lis., una trab., un meng., una trab., un meng., uno lis.

11.^a — Uno sin hacer, una trab., un meng., una trab., un meng., una trab., un meng., 11 lis., una trab., uno sin hacer, uno lis. y el anterior sobrecargado, una trab., uno lis. y el anterior sobrecargado, una trab., 2 lis.

12.^a — Uno sin hacer, 17 lis., una trab., uno sin hacer, uno lis. y sobrecargado el anterior, una trab., uno sin hacer, uno lis. y sobrecargado el anterior, una trab., uno sin hacer, uno lis. y sobrecargado, uno lis.

13.^a — Uno sin hacer, una trab., un meng., una trab., un meng., una trab., un meng., 2 lis., un meng., 2 trab., uno sin hacer, uno lis. y sobrecargado, un meng., 2 trab., uno sin hacer, uno lis. y sobrecargado, 2 lis., una trab., uno sin hacer, uno lis. y sobrecargado, una trab., uno sin hacer, uno lis. y sobrecargado, una trab., 2 lis.

14.^a — Uno sin hacer, 10 lis., uno del rev., 3 lis., uno del rev., 3 lis., una trab., un meng., una trab., un meng., una trab., un meng., uno lis.

15.^a — Uno sin hacer, una trab., un meng., una trab., un meng., una trab., un meng., 10 lis., un meng., una trab., un meng., una trab., un meng., una trab., un meng., uno lis.

16.^a — Uno sin hacer, 17 lis., una trab., un meng., una trab., un meng., una trab., un meng., uno lis.

17.^a — Uno sin hacer, una trab., un meng., una trab., un meng., una trab., un meng., 2 trab., uno sin hacer, uno lis. y sobrecargado, 5 lis., un meng., una trab., un meng., una trab., un meng., una trab., un meng., una trab., un meng., uno lis.

18.^a — Como la 10.

19.^a — Uno sin hacer, una trab., un meng., una trab., un meng., una trab., un meng., 8 lis., un meng., una trab., un meng., una trab., un meng., una trab., un meng., uno lis.

20.^a — Como la 8.^a

21.^a — Uno sin hacer, una trab., un meng., una trab., un meng., una trab., un meng., 2 lis., un meng., 2 trab., uno sin hacer y sobrecargado, uno lis., un meng., una trab., un meng., una trab., un meng., una trab., un meng., uno lis.

RETROCEDER A TIEMPO.

(Conclusion).

—Yo me estremecí de terror, como él estaba dominado por el mal, y muy cerca de descender hasta donde mi amigo, porque estaba casi arruinado, él continuó:

—Al amanecer de una hermosa mañana de primavera me dirigí á lo más solitario del Retiro de Madrid: sentado en un banco rodeado de verdura, pasé un gran rato de muda meditacion; pensé en mi tranquila adolescencia, llena de dulces creencias, y al ver mi vida presente, no pude evitar que una lágrima silenciosa corriera por mi rostro; recordé adónde conducen los desórdenes de la juventud, desórdenes que al principio creemos no pueden tener consecuencias, y tan fatales las tienen, y el arrepentimiento tocó mi coazon: pensé por un momento lavar mis culpas con una vida entera de trabajo; pero me faltó el valor para tan heroica resolucion, me faltaban fuerzas para llevarla á cabo, y rechacé tan salvadora idea: reparé que se hacia tarde y me convenia acabar pronto; preparé el arma homicida, la apoyé en mi frente, y despues de un momento de oracion mental, apreté el gatillo; pero en aquel instante, una mano suave oprimió la mia, y desviando el arma, hizo que la bala fuera á perderse á mucha distancia de mi frente. Una nube divina cegó mis ojos, ví delante de mí un ángel de blancas vestiduras, y un latido de esperanza agitó mi corazon: me sentí dominado por aquella aparicion celeste, y cayendo de rodillas ante ella, exclamé besando el borde de su traje:

—Perdon, perdon.

—Dios que vela siempre por el desgraciado, perdona al delincuente arrepentido, dijo con acento divino mi dulce aparicion.

Su voz se introdujo en mi corazon: el nombre de Dios, por sus lábios pronunciado y por mí tan olvidado, llevó á mi alma un inmenso consuelo, una suprema esperanza, y asíéndome á él como á mi única salvacion, murmuré:

—Yo creo en Dios, yo le adoro, tráeme su perdon ángel divino, y habrás salvado á un alma de la desesperacion.

Oh! que cierto es que en los supremos momentos de la vida, hasta el más escéptico acude á Dios; en esos instantes, todos reconocemos la necesidad de creer en un Ser supremo que nos consuele.

—Yo no soy un ángel divino, repuso mi salvadora, soy solo una pobre mujer: alce V., Carlos.

Me tendió su linda mano; me levanté sorprendido al oír pronunciar mi nombre, y me encontré frente á frente de una joven, blanca como su pureza, bella como el día: aquella mujer era mi esposa, era María.

Yo me incliné, sonrió con dulzura ella, y su esposo prosiguió:

—Yo conocia á María, porque su familia estaba ligada á la mia por los lazos de la amistad: en ella habia encontrado siempre el cariño de una hermana.

—Oh, María, murmuré, V. ha salvado mi alma, Dios ha traído á V. á mi lado.

—Paseábamos por aquí, por entre la espesura, ví á un hombre sumido en sombría meditacion, me acerqué, lo reconocí á V., y evité el horrible crimen. Carlos, ¿estaba usted loco al querer quitarse la vida que Dios le ha dado, y de la que solo El puede disponer?

No encontraba palabras con qué disculparme, y la llegada de la madre de María, que hasta entonces habia permanecido apartada, respetando mi emocion, me sacó de situacion tan embarazosa.

Me reconviniéron dulcemente; yo les rogué pidieran á Dios que me perdonara, y desde aquel día aquella familia fué la mia. La virtud de aquella niña purísima me hizo comprender que la virtud existia, su fé despertó la mia, dormida desde la infancia; su dulzura agitó mi corazon, muerto por la mano de hierro del vicio; mi arrepentimiento me llevó á la iglesia, lloré mis errores, y fui perdonado, recibiendo con el perdon, inefable consuelo y una vida nueva. La familia de mi esposa me proporcionó un destino que desempeñé con esmero, y bien pronto amé con delirio al ángel de mi redencion; ella me amaba hacia [tiempo, y cuando despues de mi trabajo gozaba al lado de la mujer amada los inefables placeres de un amor purísimo, comparaba aquella tranquila existencia con mi pasado infierno, y no podia menos de bendecir á Dios: todas las emociones que habia buscado en el delirio del placer, en la embriaguez del juego, las encontré allí, con la única diferencia de que estas eran dulces, tranquilas, exentas de remordimientos y amarguras; pensaba que habia derrochado mi juventud buscando la felicidad, cuando tan cerca la tenia, y me desesperaba al ver mi ceguedad; pero pronto la esperanza en el porvenir abria nuevos horizontes á mi vista, y me sentia feliz.

¡La hermosura Carolina
Y el arte! de ambos á dos
Prepara el tiempo su ruina:
La virtud, como divina,
Siempre está viva ante Dios.

Tú, en cuyo seno se anida
No la des'suelta jamás;
Guárdala toda tu vida,
Que es la joya más querida,
Y la que se pierde más.

Ella imprime siempre 'el sello
Del bien estar y la calma,
Porque de Dios es destello;
¡De lo bello, lo más bello
Es la belleza del alma!

De hoy más tus nuevos cantores
Tu candidez al mirar,
Deberán, en vez de amores
Y de pájaros y flores,
Tu mucha virtud cantar.

Y yo que mi voz levanto
Sin ser poeta y te admiro,
Y tu virtud tengo en tanto,
Solo, Carolina aspiro
A que te agrade mi canto.

CÁRLOS MESTRE Y MARZAL.

Ciudad-Real 1873.

RECUERDOS Y DESENGAÑOS.

Venid, recuerdos de mi edad florida,
Purísimas imágenes de amor,
Girando en torno el alma adormecida,
Tal vez despierte del letal sopor.

Venid, días de calma placentera
En dulces horas que feliz pasé,
Recuerdos gratos de mi edad primera,
A los que nunca en mi delirio osé.

Sueños de gloria que forjara el alma
Cuando tras ella desolado fui;
Venid, venid á devolver la calma
Al corazon que loco ayer rompí.

Cándidas selvas de la pátria amada,
Bosques frondosos que el abril cubrió,
Viento suave, brisa enamorada
Que mi cabeza ardiente refrescó.

Puras estrellas del alegre cielo
Corriente que deslizas sin sentir,
Prestadme todos, en mi amargo duelo
Alguna inspiracion que haga vivir.

Seca la mente, el corazon dormido,
Y el cuerpo quebrantado de dolor,
Vuelvo cual vuelve el pajarillo herido
Buscando en vano el nido protector.

Oh! cuánto cuesta de la infancia pura
Los velos protectores desgarrar,
Y en alas yendo de febril locura
El rio de la vida atravesar.

Ay!... llegó un día, el alma su contento
Y la ilusion del corazon perdió,
Las penas le sirvieron de alimento
Y en rumbo incierto por la mar cruzó.

Mas al fin, puerto hallé, vuelvo anhelante
Mi retiro pacífico á habitar,
Herido el corazon, mas por delante
Toda una eternidad para curar.

Huid, penas del alma, siento ahora
Latir dentro del pecho el corazon,
Que[rauda]les de vida aún atesora
Y siente alientos de febril pasion.

Veo venir el porvenir risueño
Con horas de placer, puro, fugaz,
Luego la tumba do en eterno sueño
El angel de la muerte me dé paz.

NICOLÁS DIAZ Y PÉREZ.

Ayuntamiento de Madrid

22.^a—Como la 6.^a

23.^a—Uno sin hacer, una trab., un meng., una trab., un meng., una trab., un meng., 6 lis., un meng., una trab., un meng., una trab., un meng., una trab., un meng., uno lis.

24.^a—Como la 4.^a

25.^a—Uno sin hacer, una trab., un meng., una trab., un meng., una trab., un meng., 5 lis., un meng., una trab., un meng., una trab., un meng., uno lis.

26.^a—Como la 2.^a

27.^a—Uno sin hacer, una trab., un meng., una trab., un meng., una trab., un meng., 4 lis., un meng., una trab., un meng., una trab., un meng., uno lis.

28.^a—Uno sin hacer, 11 lis., una trab., un meng., una trab., un meng., una trab., un meng., uno lis.

Se repite desde la primera vuelta.

26. Entredós.—Se ponen en la aguja 22 puntos y se hace:

1.^a vuelta.—Uno sin hacer, uno lis., un meng., una trab., un meng., una trab., 3 lis., un meng., una trab., un meng., 3 lis., un meng., una trab., un meng., 2 lis.

2.^a—Lisa del derecho como todas las pares, y en las trabillas se hacen uno del revés y uno derecho.

3.^a—Uno sin hacer, 6 lis., un meng., una trab., un meng., una trab., un meng., 7 lis.

5.^a—Como la 1.^a7.^a—Como la 3.^a9.^a—Como la 1.^a

11 y 12.—Lisas del derecho.

13.^a—Uno sin hacer, uno lis., un meng., una trab., un meng., 10 lis., un meng., una trab., un meng., 2 lis.

14.^a—Como la 2.^a15.^a y 16.^a—Como las 11 y 12.

Se repite desde la primera vuelta y despues de concluido el entredós se rodean los calados con una hebra de seda plata.

26. PUNTO DE AGUJA PARA CHALES-CAPUCHA.

Este lindo modelo es á dos caras, y se reduce á trabajar sin interrupcion un pto. al derecho y otro al revés, contrariándolos en la vuelta siguiente.

27. FONDO DE CROCHET PARA LOS MISMIOS OBJETOS.

Se corta el hilo á cada vuelta para empezar de nuevo á la siguiente. Se reunen para cada estrella *cinco lazadas sobre el crochet. Como indica el grabado, se saca la 1.^a lazada á través de la abertura producida al cerrar la estrella precedente; 2.^a se saca á través de la 5.^a de la estrella anterior, pero del revés siguiendo la direccion de la flecha. Tres puntos designan en el dibujo los pto. en los cuales se toman las 3 últimas lazadas. Se saca una lazada á través de las cinco lazadas que se hallan sobre el crochet y se termina la estrella con un punto en el aire volviendo á la señal.

JOAQUINA BALMASEDA.

EN UN ÁLBUM.

Á CAROLINA.

Muchos y buenos cantores
Tus gracias al contemplar,
Cual justos admiradores
Su lira ornando de flores
Te ofrecieron su cantar.

Mas la inspiracion ardiente
Que animó su pensamiento,
No encomió lo suficiente
Ni tu noble continente
Ni la magia de tu acento.

Pues en la escena inspirada,
Son tus atractivos tales,
Que no hay palabra apropiada
Que alcance á decirnos nada
De lo mucho que tu vales.

Porque tu talento al ver
Y tu sencilla expresion,
Nadie acierta á comprender
Qué haces para conmover
Las fibras del corazon.

Los vates no te engañaron
De artista al darte la palma;
Mas si tus gracias cantaron
De celebrar se olvidaron
Los atractivos de tu alma.



4. Angulo para tapete ó almohadon.

Calló fatigado; yo me sentía agitado por extraña emoción; pensaba que mi porvenir era el suicidio también, si no podía remedio, que estaba próximo á caer en el abismo de que él había sido sacado por la mano de un ángel, y me estremecí de terror: dominado por la idea de que más feliz que mi amigo había sido salvado antes de perderme del todo, pues Dios me había conducido allí para que de mi mente desaparecieran las sombras que la oscurecían, y al oír la historia de mi compañero de orgías, sintiera como él el arrepentimiento, solo pude murmurar algunas frases estúpidas. Carlos clavaba en mí sus grandes ojos como queriendo introducir en mi inteligencia las ideas salvadoras que en la suya se agitaban.

Me rogaron que cenara con ellos y que pasara la noche en su quinta, acepté con gratitud tal proposición, quería estar todo el tiempo posible al lado de mi amigo y su angelical esposa: poco después entrábamos los tres en la posesión; allí se ofreció á mi vista una escena conmovedora; una jóven salió al encuentro de mis amigos, llevando en sus brazos un niño de la tierna edad de un año, el niño se acercaba á ellos batiendo palmas y expresando su alegría con ese grito inarticulado que indica el contento de los niños; cuando estuvo junto á sus padres, rodeó con sus bracitos el cuello de los dos, y uniendo sus cabezas con lazo tan encantador, repartía entre uno y otro rostro sus dulces besos, mezclaba sus cabellos en una misma caricia; yo me aparté de aquel bello grupo, contemplé con los brazos cruzados aquel ángel purísimo que embellecía dos existencias, y al recordar que yo también tenía una esposa tierna, que quizá estaba próximo á ser padre, una lágrima rodó por mis mejillas; bien pronto dominé mi emoción; los felices padres apartaron sonriendo la rubia cabeza del niño, y penetramos en las habitaciones.

Cené con ellos mudo y sombrío; María se esforzaba por distraerme; él comprendía mi meditación y la respetaba.

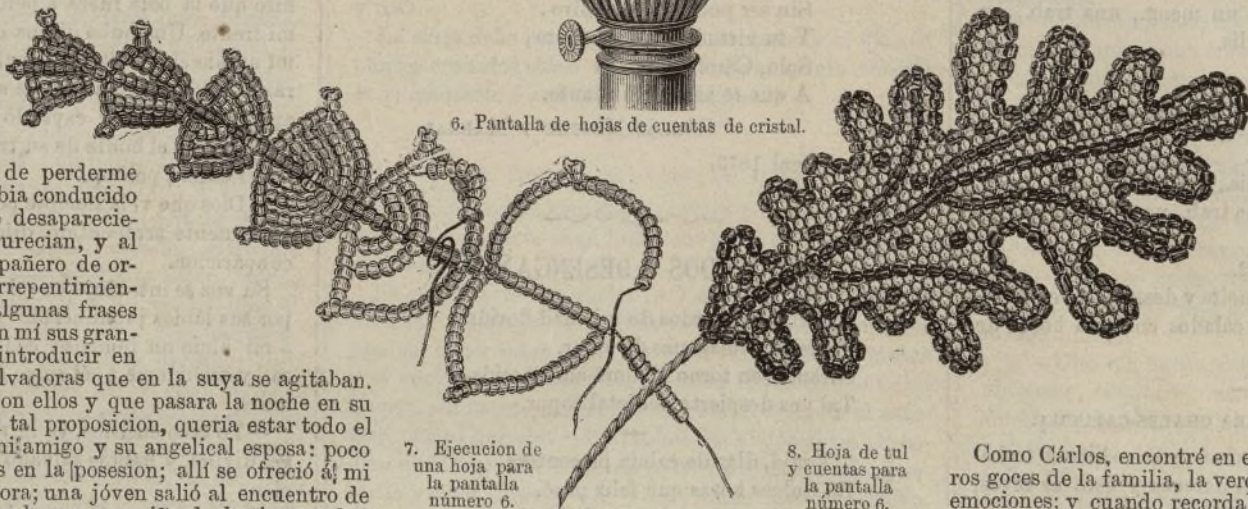
Cuando me encontré solo en la habitación destinada para mí, me arrojé sin fuerzas en un sillón; mi mente estallaba al impulso de encontrados pensamientos, mi pecho se levantaba agitado por mil distintos sentimientos; por un lado mis placeres, mi querida libertad;

por otro la paz del hogar doméstico: cuando me decidía á seguir mi vida de libertino, recordaba la historia de Carlos, y veía al fin de ella la abyección más vergonzosa, el suicidio; determinaba ser buen esposo, y me aterraba renunciar á mi vida de siempre; aquellas dudas eran las últimas convulsiones del calavera, los postreros esfuerzos del ángel malo, que no quería abandonar su presa: la luz de la razón iluminó al fin mi inteligencia: ví en todas las coincidencias que me habían llevado á aquel sitio, en el descarrilamiento del tren, en mi solitario paseo, en mi emoción ante el magnífico espectáculo de la naturaleza, y mi extraño encuentro, la voluntad suprema de Dios que me llevaba derecho al camino del arrepentimiento, para que hiciera la felicidad de mi buena esposa, y en un arranque sublime, exclamé alzando al cielo mis ojos:

—Admiro tu poder, Dios mío, sí, retroceder á tiempo es salvarse; nunca es tarde para seguir por el camino del bien; es heroico resistir á la fuerza magnética que á la perdición nos arrastra, y yo sabré volver la espalda á los placeres que me embriagaban. ¡Oh, que bello es ser bueno, me siento orgulloso de mí mismo!



6. Pantalla de hojas de cuentas de cristal.

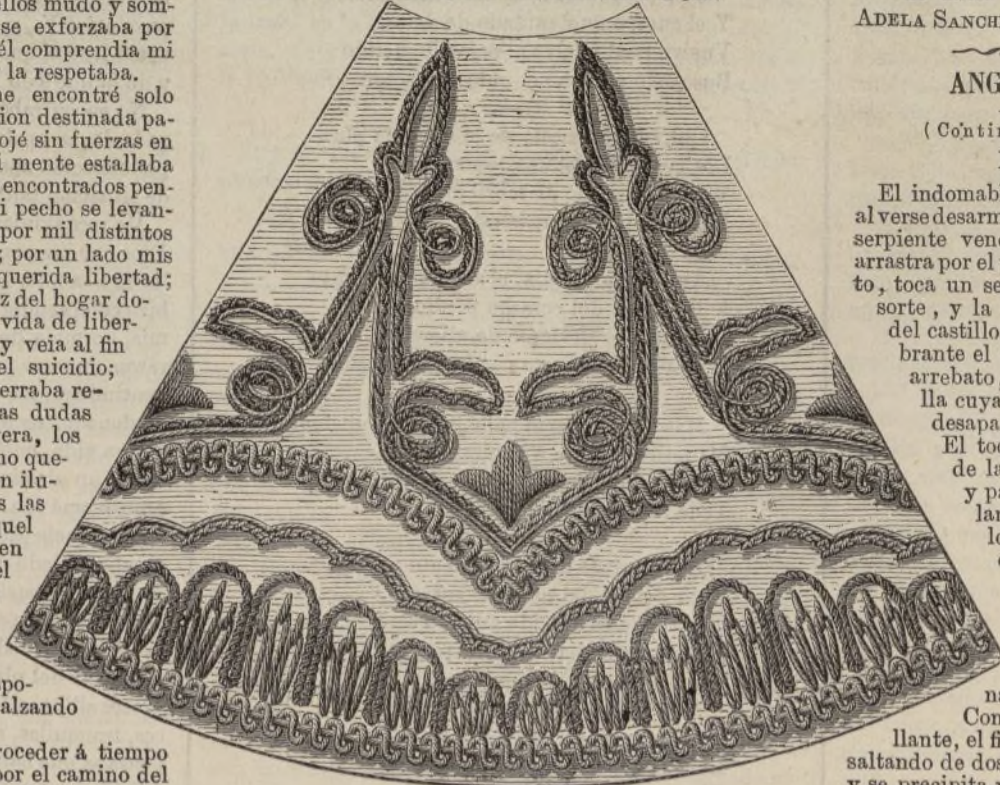


7. Ejecucion de una hoja para la pantalla número 6.

8. Hoja de tul y cuentas para la pantalla número 6.



9. Arandela para pié de lámpara. Mosáico de pifa.



10. Bordado para manta ó tapete.

Me tendí después en el lecho, y me dormí con una tranquilidad que hacía mucho tiempo no disfrutaba: soñé con ángeles y delicias; ví la dulce sonrisa del hijo que el cielo me concedía, y desperté con el alma inundada de placer.

Mis amigos se habían levantado para despedirme, participé á Carlos mi resolución, la aplaudió con todas sus fuerzas, y me dijo al despedirme:

—Usted será más feliz que yo, porque ha retrocedido é tiempo; hacer las cosas á tiempo, es la gran ciencia de la vida; aunque ha llegado V. al error, no ha caído en el crimen, y no tendrá V. una cosa que su felicidad turbe: el remordimiento; sea V. feliz.

Le dí las gracias, porque después de Dios á él debía mi conversión; me despedí de su bella esposa, y bajé al pueblo: en vez de tomar el tren para Cádiz, lo tomé para Madrid.

Llegué por fin, muy tarde para lo que mi impaciencia deseaba; corrí á la fonda y me arrojé á los pies de mi esposa; ella se sorprendió, estaba muy lejos de esperar mi arrepentimiento.

—Dios ha tocado mi corazón, le dije, y me ha conducido á tus pies: perdóname.

Ella me amaba, y me perdonó loca de ventura.

Como Carlos, encontré en el amor de mi esposa, en los puros goces de la familia, la verdadera felicidad, las más dulces emociones; y cuando recordaba yo con amargura, pero sin remordimiento, porque no había llegado al crimen, mi pasada borrascosa vida, decía repitiendo las frases de Carlos: "hacer las cosas á tiempo, es la gran ciencia de la vida"; si yo hubiera seguido por aquella pendiente fatal, hubiera llegado á la ruina, al oprobio y la vergüenza.

—Aquí tiene V. mi historia, amiga mía, ¿le parece á usted interesante?

—Y provechosa, repuse agitada por la conmoción que me había producido su largo relato.

—Piensa V. publicarla?

—Por lo menos escribirla, sí.

—Cuidado con los nombres.

—No tema V.; le doy las gracias por su complacencia, y le reitero mi afecto: es muy noble conocer los propios errores y enmendarlos: ojalá haya muchos que, imitando su ejemplo, se retiren del borde del abismo antes de caer en él.

ADELA SANCHEZ Y CANTOS.

ANGELA.

(Continuación).

X.

El indomable conde, al verse desarmado, cual serpiente venenosa, se arrastra por el pavimento, toca un secreto resorte, y la campana del castillo suena vibrante el toque de

arrebato, mientras él se precipita por una escalera cuya puerta también secreta cierra tras sí, y desaparece dejando burlados á sus adversarios.

El toque de arrebato repetido por la campana de la fortaleza alarma á todos sus habitantes, y pajes, escuderos y soldados con mazas unos, lanzas otros y llevando hachones encendidos los más, se agitan y corren de un lado á otro, cundiendo el espanto por todas partes. Y el quién vive de los centinelas, y las órdenes de los jefes y el zumbido del trueno se confundían, formando un tumulto espantoso.

Gran Dios! nuevas desgracias amenazan á Angela y sus defensores!

Con los cabellos erizados y la mirada centellante, el fiero caudillo baja por la escalera secreta, saltando de dos en dos, de cuatro en cuatro sus peldaños, y se precipita y se introduce en las entrañas de la tierra. Al fin se detiene en una extensa pieza abovedada, oscura y húmeda.

Multitud de barriles henchidos de pólvora yacen encastrados unos sobre otros: fragmentos de hierro de dis-



5. Angulo para tapete ó almohadon.



12. Gola y lazo para vestir.



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras
 Plaza de Prim II. 3.

Ayuntamiento de Madrid

tintos tamaños en forma de balas, pero que distaban mucho de la forma de hoy, y otros mil artefactos de guerra, se hallaban colocados á uno y otro lado. Enciende una tea, y al contemplar todos aquellos objetos, acosado por la rabia y los celos y de ese instinto perverso que abrigan las almas ruines, saborea de ante mano la venganza que medita. Cree que el anciano y Enrique no están solos, cree que su castillo debe estar cercado, y sonríe á la idea de exterminar á la vez á todos sus enemigos. Conocedor de aquellos subterráneos, cree tener segura la salida; pero la cólera le ciega, y antes de tiempo, antes de preparar la retirada, aproxima la tea al combustible.

Instantáneamente se oye una detonación que no es la del trueno.

Era el genio del vicio quien la producía.

XI.

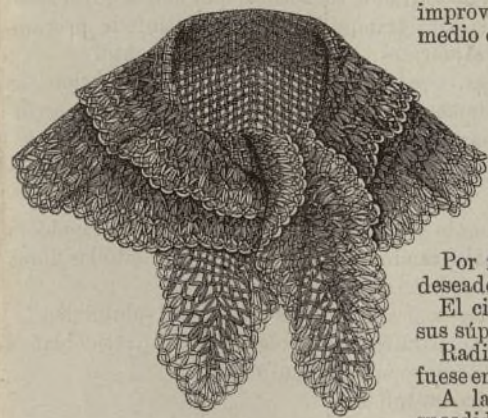
Angela, protegida por su padre y por Enrique, escuchados los tres por la horrible confusión que reina en la fortaleza, se desliza cual sombras fantásticas en medio de la más densa oscuridad, vagando á la ventura por encima del mueblaje que el huracán esparciera por los aposentos, y tropiezan, caen y se levantan; mas nada les arredra, nada detiene sus pasos, y se precipitan por las galerías, y recorren el recinto, franqueando el puente y el rastrillo. Montan en sus briosos corceles, y por entre las tinieblas, apesar del horrisono trueno, apesar de los huracanes, la tempestad y sus rayos, corren, vuelan y desaparecen.

Dios protege á la virtud.

XII.

Un fuego horroroso propagábase con una rapidez espantosa, amenazando destruir el edificio.

El incendio iba tomando cada vez más colosales proporciones; multitud de astillas caían encendidas sobre el inmediato pueblo de Agreda, que en masa huía desparado á los cercanos montes, improvisando aquí y allá, por medio de sus ropas y sus muebles, un albergue donde pasar la noche.



14. Fichú de malla.

Las madres, cobijando en su seno á los niños pequeñitos, huían aterrorizadas buscando amparo y protección en las cabanas de los pastores.

Por fin amaneció el día tan deseado por aquellos infelices. El cielo parecía haber oído sus súplicas.

Radiante sol brillaba cual si fuese en mitad de la primavera.

A la horrible noche había sucedido el hermoso día, y poco á poco iba volviendo la calma á los sencillos habitantes.

Qué había sucedido?

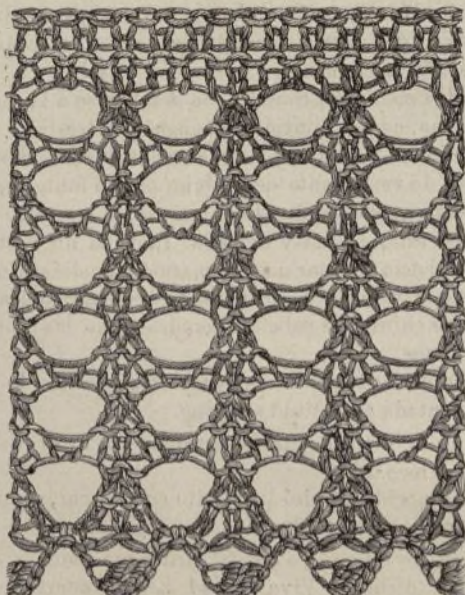
Mil conjeturas á cual más asombrosas circulaban por todas partes, pero personas las más caracterizadas acaso, pretendían haber visto caer un rayo en el castillo, asegurando que el cielo le arrojara como justo premio á la iniquidad de aquel orgulloso señor feudal, terror de aquella comarca. Al rayo atribuían el incendio del castillo. Y ha prevalecido esta opinión entre los sencillos habitantes de Agreda y sus contornos, tanto más, cuanto que no hubo que lamentar desgracia alguna personal más que la del feroz guerrero que había desapare-



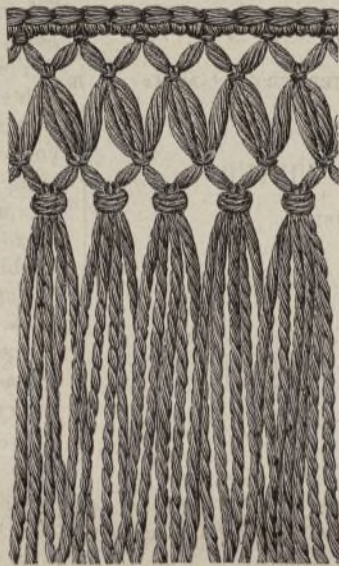
19. Fleco con pié de punto de aguja.



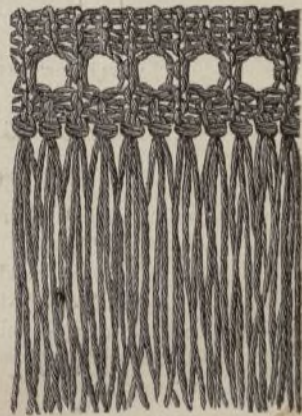
21. Fleco con pié de malla.



18. Encaje de punto de aguja.

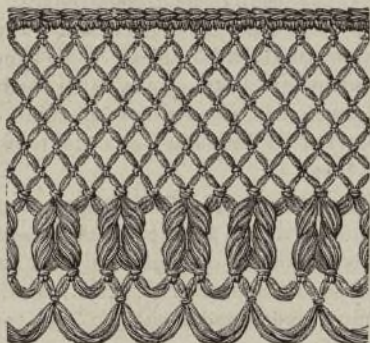


22. Fleco con pié de malla.

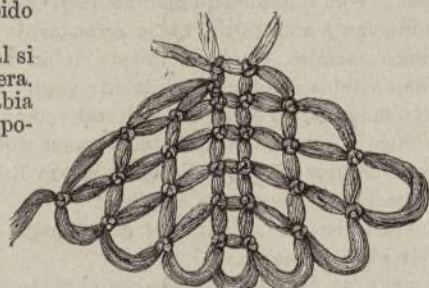


20. Fleco con pié de punto de aguja.

13. Esquina de pañuelo (fondo y cenefa). Véanse los grabados 28 y 31.



15. Puntilla de malla para el fichú núm. 14.



16. Principio y ejecución del fichú núm. 14.

cido envuelto entre las ruinas del castillo. Hemos visto cómo él por su propia mano había dirigido el instrumento vengador de sus iníquos planes.

Hé ahí el genio del vicio.

XIII.

Ha pasado un año. Era la mañana de un hermoso día del mes de Abril, cuando la inocente Angela descende á los jardines de su palacio.

Aspirando el fresco ambiente saturado con los perfumes de la retama y de las infinitas florecillas olorosas que brotaban por todas partes, recorre los vallecitos y las praderas esmaltadas de rosas y violetas, y las orillas de un arroyuelo cristalino que se desliza como una hebra de plata por entre los arbores y las flores.

El gorjeo de los pajarillos que vuelan de rama en rama viniendo á suspender sus nidos en los álamos y chopos, atraídos por el murmullo de los arroyos, amenizan más y más el encanto de aquel Eden.

La bella Angela, en extremo jovial y divertida, sentándose en el borde de un arroyo tapizado de verdura, comienza á formar un ramillete.

Mientras escogía con especial cuidado las flores más brillantes y olorosas, confeccionando el ramillete, ignoraba que un joven hermoso y agraciado la contemplaba extasiado.

Este joven no era otro que el que con tanto arrojo expusiera su vida por salvarla de los negros intentos del feroz caudillo, era Enrique.

Por fin el ramillete puede concluirse con no poca satisfacción de Angela. Mas después de atado con una cinta de varios colores, en el colmo de la mayor alegría, ha exclamado:

—Para mi Enrique!

¿Qué es del noble joven al oír la voz angelical de la que tanto amaba, al escuchar sus palabras?... Fuera de sí, llega sin ser visto ante la hechicera joven, y en el momento en que su aparición la sorprende, hincando una rodilla en tierra, exclama enagado:

—Angela, soy el más feliz de los hombres!
—Cómo, estáis aquí?
interroga la doncella entre alegre y confusa.
—Para adoraros y...
—Decidme, Enrique, ¿por qué habéis tardado tanto en venir á verme?
—Queréis que os lo diga?
—Quiero lo que vos.
—Me alegro, me alegro. Pero permitidme antes deciros que os amo.

—Yo también lo deseo. Sentaos aquí junto á mí y decidme muchas veces; responde la inocente Angela.

Enrique, tomándola una mano blanca como la azucena, exclama, pudiendo apenas contener sus trasportes:

—Cuán buena sois! tanto como hermosa.

—Yo quiero mucho á mi libertador. Pero temo que no me ameís como yo os amo.

—Soy el más venturoso mortal por haberos inspirado tan tiernos sentimientos. Mas ¿es posible que dudeis de mi amor?

Yo os amo con todo el fuego de una pasión primera, y vuestro recuerdo me acompañará á la tumba. Deseo vuestro amor como el niño el pecho maternal que le da calor y vida.

—Yo también lo deseo. Sentaos aquí junto á mí y decidme muchas veces; responde la inocente Angela.

Enrique, tomándola una mano blanca como la azucena, exclama, pudiendo apenas contener sus trasportes:

—Cuán buena sois! tanto como hermosa.

—Yo quiero mucho á mi libertador. Pero temo que no me ameís como yo os amo.

—Soy el más venturoso mortal por haberos inspirado tan tiernos sentimientos. Mas ¿es posible que dudeis de mi amor?

Yo os amo con todo el fuego de una pasión primera, y vuestro recuerdo me acompañará á la tumba. Deseo vuestro amor como el niño el pecho maternal que le da calor y vida.

—Yo también lo deseo. Sentaos aquí junto á mí y decidme muchas veces; responde la inocente Angela.

Enrique, tomándola una mano blanca como la azucena, exclama, pudiendo apenas contener sus trasportes:

—Cuán buena sois! tanto como hermosa.

—Yo quiero mucho á mi libertador. Pero temo que no me ameís como yo os amo.

—Soy el más venturoso mortal por haberos inspirado tan tiernos sentimientos. Mas ¿es posible que dudeis de mi amor?

Yo os amo con todo el fuego de una pasión primera, y vuestro recuerdo me acompañará á la tumba. Deseo vuestro amor como el niño el pecho maternal que le da calor y vida.

—Yo también lo deseo. Sentaos aquí junto á mí y decidme muchas veces; responde la inocente Angela.

Enrique, tomándola una mano blanca como la azucena, exclama, pudiendo apenas contener sus trasportes:

—Cuán buena sois! tanto como hermosa.

—Yo quiero mucho á mi libertador. Pero temo que no me ameís como yo os amo.

—Soy el más venturoso mortal por haberos inspirado tan tiernos sentimientos. Mas ¿es posible que dudeis de mi amor?

Yo os amo con todo el fuego de una pasión primera, y vuestro recuerdo me acompañará á la tumba. Deseo vuestro amor como el niño el pecho maternal que le da calor y vida.

—Yo también lo deseo. Sentaos aquí junto á mí y decidme muchas veces; responde la inocente Angela.

Enrique, tomándola una mano blanca como la azucena, exclama, pudiendo apenas contener sus trasportes:

—Cuán buena sois! tanto como hermosa.

—Yo quiero mucho á mi libertador. Pero temo que no me ameís como yo os amo.

—Soy el más venturoso mortal por haberos inspirado tan tiernos sentimientos. Mas ¿es posible que dudeis de mi amor?

Yo os amo con todo el fuego de una pasión primera, y vuestro recuerdo me acompañará á la tumba. Deseo vuestro amor como el niño el pecho maternal que le da calor y vida.

Angela, si me faltara despues de haber sentido sus inefables goces, podria soportar la existencia? Deseo ser amado eternamente y...

—Y acaso no os amo, Enrique? Ah! tomad este ramillete sujeto con una cinta de los colores que más os gustan. Yo misma lo he hecho y deseo que lo guardéis.

—Ni un instante se apartará de mí.

Y embriagados de amor el uno junto al otro, olvidando el resto de la naturaleza para no acordarse más que de su dicha, no pensaban los venturosos amantes que la hora de separarse habia llegado.

Mas, oh felicidad! esta separacion era para ellos la dicha que anhelaban!

Complacíase la doncella en oír que era amada del joven caballero; hacíale repetir lo que más lisonjeaba su corazón, y á su vez le decia tambien lo que le habia repetido muchas veces. Por su parte, Enrique, recibiendo enagenado los inocentes cariños de aquella virgen, concebía una nueva vida, y sonreía al imaginarla.

—Es preciso separarnos, dice de repente el noble joven, dando un suspiro.

—Tan pronto!

—Yo tambien lo siento, pero nos esperan...

—Y cuándo volveremos á vernos?

—Mañana á la misma hora.

—Para no separarnos jamás!...

—Para no separarnos jamás.

—Soy tan feliz á vuestro lado!

—Y mañana...

—Volveré á serlo.

—Y yo para siempre.

—Adios, adios, Enrique.

—Angela, adios, adios.

—Pensareis en mí?

—No podré hacer otra cosa.

—Adios, adios.

Y al separarse, dos tiernos suspiros resonaron en el espacio murmurando amores.

XIV.

Amaneció el mañana: día feliz para nuestros jóvenes enamorados.

Las campanas de la catedral de Tarazona tocaban á fiesta. Un gentío inmenso invadía la iglesia iluminada con infinitas luces, y pajes y escuderos y soldados en fila á uno y otro lado formaban calle á una numerosa comitiva que iba en pos del sacerdote dirigiendo sus pasos á una de las capillas del magestuoso templo.

Hincadas las rodillas en almohadones de seda y oro, elevando á Dios sus oraciones, más que personas humanas, parecían dos estátuas las figuras de Angela y Enrique, pues no eran otras las formas que se destacaban en las gradas del altar.

Iban á desposarse.

Los sonidos del órgano eran cada vez más solemnes y melodiosos, haciendo un contraste de misterioso recogimiento, el murmullo de las aguas puras y cristalinas que por diferentes surtidores arroja una fuente, gloria del arte, que sirve de ornamento al magestuoso templo.

En el fondo de la capilla, y rodeados de multitud de caballeros, dos ancianos respetables enjugaban abundantes lágrimas que en vano trataban de reprimir. Eran los padres de Angela.

Por fin, el sacerdote estiendo los brazos, eleva al cielo una mirada, y sus labios murmuran una oracion bendiciendo á los dos tiernos amantes.

Los acentos del órgano espiraron. Los murmullos de las preces se extinguieron.

Angela era esposa de Enrique.

Y mientras la inocente virgen, en brazos de su anciana madre derramaba copioso llanto, los circunstantes enternecidos murmuraban:

—Sed felices, sed felices!

FRANCISCO GUERRERO Y GARCÍA.

EL CAPITAL DE LA VIRTUD.

NOVELA DE COSTUMBRES

por

ANGELA GRASSI

(Continuación).

—Qué es esto? exclamó Pablo.

—Una piedra! dijo Marta.

—Cómo ha venido hasta aquí?

—No lo sé, no lo comprendo!

Y al decir esto la niña, se bajó para recogerla.

—Un papel! repuso con asombro.

Pablo se estremeció: su fisonomía se tornó cadavérica.

—Un papel! gritó fuera de sí tendiendo hácia Marta

sus manos convulsivas. Pronto, démele V. pronto!... Ay! que no puedo leer!...

Y cayó desplomado sobre el lecho, estrujando entre sus dedos el fatal papel.

Marta no se atrevió á ofrecerle su auxilio, y permaneció inmóvil á su lado, mientras él se entregaba á los arrebatos de la más profunda desesperacion.

Por fortuna resonaron á lo lejos los pesados pasos de Raimunda.

—Ni una palabra de este papel! exclamó Pablo con voz ahogada; á nadie, me entiende V.? á nadie!

Y lo ocultó rápidamente debajo de la almohada.

Marta aprovechó la presencia de Raimunda para salir. Estaba agitada, confusa; tenia necesidad de que el aire libre viniese á refrescar su frente.

Bajó al jardín, pasó del jardín al huerto, y de este al puente verde, en cuyo pretil se apoyó triste y meditabunda.

Aunque habia necesitado encender la lámpara en el aposento de Pablo, el campo estaba todavía iluminado con los últimos y vagos fulgores de la tarde, tarde deliciosa y poética, en que todos los objetos respiraban una calma voluptuosa.

Marta sintió dilatarse su pecho, sintió el entusiasmo reemplazar á su anterior desaliento, y quizás, en medio de su embriaguez, soñó con redimir aquella alma que gemía á pocos pasos de ella, víctima de su amargo desencanto.

Redimir un alma! ¡Arrancarla de las garras de la duda, volverla al cielo de donde habia partido! Oh! este era un sueño tan hermoso para ella, crédula, amante y generosa, que hubiera dado su existencia por verlo realizado! Era tan viva su fé, que le parecia imposible que no pudiese abrasar con su llama á otros corazones, y la sonrisa del triunfo se dibujó en sus labios ántes de pensar en los medios de conseguir la victoria.

Ocupada con estas ideas, empezó á andar al acaso, y solo volvió en sí al hallarse en los linderos del bosque.

Entonces miró con angustia al cielo.

El cielo habia trocado su pálido azul por un azul subido, sobre el cual centelleaban las estrellas.

Asustada, temblorosa, tomó una senda á cuyos dos lados crecía y se enredaba la maleza. Tomó aquella senda porque era semejante á otra que la habia conducido hasta cerca de aquel sitio, y porque oía un ruido semejante al que producian las límpidas ondas del riachuelo, azotadas por la brisa.

Pero ella no sabia que el céfiro traidor, adoptando repentinamente una de sus mil metamorfosis, se habia disfrazado de vendabal, y que aquel ruido lo producía el follaje que él se solazaba en agitar con violencia...

Marta anduvo precipitadamente un largo trecho, y solo se detuvo llena de terror, al ver alzarse delante de ella las paredes negruzcas de la ermita... ¡Se habia equivocado! ¡Se internaba en el bosque, lejos de dirigirse hácia la casa! Una infinidad de senditas estrechas y tortuosas, conducían á aquel sitio, todas cercadas de altos y espesísimos zarzales. Cuál era la que debia tomar? cuál era la que debia conducirla al puente verde?

Se detuvo indecisa, ¡el corazón le palpitaba con violencia, tenia miedo!... La pobre niña no conocía aquellos alrededores: solo una vez los habia visitado con Rosalía. Quién sabe si habria lobos en la comarca?

Marta no pensaba en los ladrones: el que nada poseé esta libre de sus asechanzas.

Un ave nocturna, tal vez asustada con el ruido de sus pasos, graznó en lo alto de la torre derruida.

Parecía el lamento de un hombre en su agonía!

Marta sintió redoblar su espanto.

—Cualquiera de estas sendas, pensó, deben conducir á la márgen del arroyo. Cuando llegue á él lo bordearé hasta encontrar el puente.

Y rápida como una centella iba á lanzarse á la senda más cercana, cuando sintió que la asían del vestido.

Quedó inmóvil, fria, sin atreverse á volver el rostro, por temor de ver delante de sí algun pálido fantasma.

En efecto, cuando se decidió á hacerlo, se encontró con una mujer alta, pálida y delgada. Llevaba un vestido negro que hacia resaltar más la marmórea palidez de su semblante, y un velo negro flotando á merced del aire, que apenas cubría sus cabellos dorados como las espigas de los campos.

Aquella mujer tenia los ojos fijos en el cielo, y la derecha levantada en actitud solemne.

—Quién es V.? dijo Marta reuniendo todo su valor, qué se le ofrece á V.?

La desconocida la miró largo rato en silencio, y luego dijo con monotonó acento:

—Quién soy? Lo sé yo acaso? Antes me llamaba Susana y era dichosa. Vivo ahora? Estoy muerta? No lo sé!...

Dejó caer los brazos á lo largo de su cuerpo, y guardó silencio.

—Pero en qué puedo servir á V.? insistió Marta, que veía con creciente espanto condensarse las tinieblas que cubrían la tierra.

—Calla, repuso la que se habia llamado á sí misma Susana, poniendo un dedo sobre sus labios; calla!... ¡Ves aquella negra casucha, de cuya chimenea sale una columna de humo que se eleva hasta las nubes?... ¡Ellos están allí... y con ellos esa mujer de ojos de fuego, de voz estridente, de ademán siniestro!... ¿De dónde ha salido esa mujer? qué pretendía de mí?... ¿Arrebatar me mi tesoro... Oh! nunca; eso jamás!... Matadme si quereis!... Así, así!... Destrozad mis carnes, no importa!... ¡Mi tesoro está aquí, estará siempre aquí!...

Se llevó ambas manos al corazón, y en sus pálidos labios se dibujó una sonrisa de triunfo.

—Me he escapado muy despacio, muy despacio, repuso; ¡Bendita sea la yerba que ha extinguido el rumor de mis pisadas!...

Marta comprendió que aquella infeliz estaba privada de razón. Pero su mirada era tan dulce, parecia tan inofensiva, que en vez de temor, inspiraba lástima y respeto.

—Tranquílcese V., la dijo; ahora está V. conmigo...

—Tú me defenderás, no es cierto?... interrumpió Susana.

Giró en torno los ojos, y sus miradas se fijaron en un ruiseñor que balanceándose sobre una rama, empezaba á modular su himno de la noche...

La fisonomía de Susana expresó un éxtasis inefable, y se puso á repetir sus gorjeos con voz dulce y melodiosa.

—Mira, añadió despues, entreabriendo un pañuelo que traía cogido por las cuatro puntas; son todas violetas... Violetas y rosas blancas para adornar su cuna!...

—Señora, dijo Marta; es ya de noche, hace frio... ¿No le parece á V. que debemos retirarnos?... ¿Quiere V. que yo la acompañe hasta su casa?...

La loca dió un grito y corrió á asirse á la cruz de piedra que se alzaba en medio de las ruinas.

—Vete, vete! gritó; creía que eras mi ángel bueno! Me he engañado, me he engañado como otras tantas veces!

Oh! Virgen piadosa, por qué no me llevais al cielo?

Era tan desgarrador su acento, que Marta quiso acercarse á ella para tranquilizarla, pero la infeliz prorumpió en tales alaridos, que desistió de su intento.

Entonces, obedeciendo á una súbita inspiracion, se bajó rápidamente, cogió á tientas y guiada por su perfume, algunas violetas, y dijo en voz alta:

—Yo tambien tengo flores muy hermosas!... ¡Venga usted por ellas!

La demente abandonó con un movimiento rápido la cruz, y abalanzándose hácia Marta, le arrebató las flores que acababa de coger.

—Violetas, violetas, violetas! dijo con volubilidad febril; violetas para cubrir su blanca cuna!... ¡Su blanca cuna ó el negro sepulcro de mi madre!...

Prorumpió en sollozos.

—¡Si mi madre no se hubiera marchado, murmuró entre suspiros, no me maltratarían así!

Levantó la manga de su vestido, y á pesar de la oscuridad, Marta pudo distinguir su brazo acardenalado y cubierto de manchas sanguinolentas.

Soltó un grito de horror. Parecióle que era preciso tener un corazón de hiena para ensañarse en aquel ser débil é inofensivo, y su alma generosa se indignó de tal modo, que exclamó fuera de sí:

—Véngase V. conmigo! Si es V. víctima, como parece, de alguna infame intriga, nosotros la protegeremos. Hábito en casa de un piadoso sacerdote, y él le dará á V. amparo.

Susana no respondió. Sentóse sobre la yerba, y empezó á tejer una guirnalda.

Luego fué á colocarla sobre un montoncillo de yerba, y se postó de rodillas.

—Duerme, ángel mio, duerme, duerme! murmuró con aquel cariñoso tono especial con que las madres mecen á sus hijos.

Marta no sabia qué hacer. Le parecia una crueldad dejar á aquella infeliz sola en medio del bosque, y al mismo tiempo no podia pasar allí toda la noche.

—Volveré á casa, pensó, contaré mi aventura, y haré que vengan á buscarla.

Decidida á tomar este partido, dió algunos pasos para alejarse, pero se detuvo al ver brillar una luz entre los árboles.

Sin duda los guardianes de la demente la habian echado de ménos é iban en su busca.

Arrodillóse Marta al lado de Susana, y rodeándola la cintura con su brazo, la dijo con voz breve y enérgica:

—En nombre del cielo, en nombre de cuanto V. ame ó haya amado sobre la tierra, procure V. coordinar sus ideas en este decisivo instante!... Quién es V.? ¡Habita V. en estos sitios desde hace tiempo, ó acaba V. de llegar ahora? Son parientes de V. los que la han maltratado? ¡Son enemigos que la retienen en su poder por medio de la violencia?

Susana la miró de hito en hito con ademan atónito. Luego, cogiéndose la cabeza con ambas manos, pareció querer reunir y fijar sus ideas.

—Conozco que eres buena, dijo con lentitud, conozco que me amas!... Quisiera decírtelo todo y los pensamientos se me escapan!... Mira, házme un hoyo en cualquier parte y sepúltame en él!... ¡Qué bien estaré debajo de tierra! qué tranquila!...

—Sígame V. si quiere, pero pronto, pronto!... interrumpió Marta. Ve V. aquella luz que se acerca!... Pues sin duda es que la andan á V. buscando!... ¡Pronto, ya están ahí!...

—La mujer!... gritó Susana, levantándose y huyendo como una gacela herida.

En su fuga dejó caer las violetas, que alfombraron el verde musgo.

Pero volvió al instante. Asió convulsivamente las manos de Marta, y la dijo con tono solemne:

—Tienes madre!... Júrame por tu madre que le buscarás y le dirás cuanto sufro!... ¡Dile que esa mujer ha querido arrebatarle su retrato y no ha podido!...

Sacó un pequeño medallón del seno, y lo cubrió de besos.

—Pero á quién he de buscar? preguntó Marta con visísimo interés.

—No te lo he dicho? exclamó Susana, al ángel, al ángel de mi vida!...

Sus ojos se fijaron en la luz que avanzaba rápidamente por entre el follaje, y murmuró juntando las manos sobre el pecho:

—Si será esa el alma de mi madre!... ¡Madre mia, madre mia!...

Tendió sus brazos hácia la luz, como si evocase un espíritu invisible. En vez de huir, se dirigió hácia ella con la mirada fija, con el pecho palpitante!...

Marta no pudo resolverse á entregarla á sus verdugos. Cogióla del brazo, y la dijo en voz baja:

—Adónde va V!... Son ellos!... Son sus perseguidores.

Susana volvió en sí, dió un grito, y desapareció por entre el ramaje, confundiendo el rumor de sus pisadas con el de la brisa y de las aguas.

Era tiempo. Un hombre provisto de un farol, desembocó por una sendita estrecha.

Obedeciendo á un secreto impulso, Marta no le esperó. Echó á correr hácia donde creía que debía estar el arroyo con toda la celeridad posible, celeridad que aumentó, viendo que aquel hombre intentaba seguirla.

Es verdad que le llevaba alguna delantera, es verdad que el puente estaba cerca.

La esperanza de llegar á seguro puerto, redobló sus fuerzas: aceleró todavía más el paso!...

Pero cuando se creía ya en salvo, oyó el ruido cercano de otros pasos!... Al través del ramaje vió á otra persona que corría al par que ella por la senda cubierta inmediata, comprendió que ambas debían desembocar por precisión en el mismo sitio. No podía, pues, ni retroceder ni adelantar: en todas partes veía un peligro.

—Adelante y sea lo que Dios quiera, pensó, adoptando una resolución repentina.

Como lo había previsto, llegó al puente al mismo tiempo que la persona que recorría la senda inmediata.

Era otra mujer!...

Ambas soltaron un grito, y se lanzaron en los brazos la una de la otra, yertas de terror, y gritando al mismo tiempo:

—Marta!

—Rosalia!

—Qué hace V. aquí? se preguntaron á la vez.

—Corría porque tenía miedo! dijo Marta.

—Y yo también!

—Se había V. alejado mucho?

—No!... sí!... es decir!...

Era tal la turbación que se traslucía en los ademanes de la joven, que Marta la miró con ansiedad.

Rosalía llevaba su traje de los días de fiesta, pero en desorden, lo mismo que sus cabellos, cuyos rizos deshechos flotaban sobre su espalda. Su descompuesta fisonomía revelaba un trastorno moral profundo.

—Qué le ha sucedido á V.? exclamó Marta asustada.

Rosalía, por única respuesta, la asió convulsivamente de la mano, y echó á correr hácia su casa.

Pero apenas hubieron llegado á la mitad de la huerta, se detuvo, se apoyó en un árbol, y se enjugó con el pañuelo el frío sudor que corría por su frente.

Parecía próxima á caer.

—Pero Dios mío, qué tiene V.? preguntó de nuevo Marta.

En aquel momento oyeron tararear una canción popular muy cerca de ellas, y un hombre envuelto en un gabán blanco y con un sombrero de paja de anchas alas, pasó por el camino alto que rodeaba la huerta. Iba fumando un cigarro, y ni siquiera volvió la cabeza para mirar á las dos jóvenes.

Estas, sin embargo, se abrazaron estrechamente, como si presintieran un peligro, y solo recobraron el valor cuando el canto se perdió á lo lejos.

—Usted me ha comunicado su miedo, dijo entonces Rosalia, ¡qué niñas somos!

Quiso sonreírse y no pudo. Temblaba su voz, y temblaban sus manos, asidas á las de Marta.

Esta no quiso dirigirla más preguntas, y ambas se dirigieron lentamente hácia la casa.

De pronto Rosalia se detuvo.

—Dicen que mi primo está muy malo? preguntó en voz baja!... ¡Tengo que dirigirme á V. para saber noticias tuyas!... ¡Cree V. que su enfermedad pueda tener un término fatal!

—Ah, señorita! exclamó Marta estremeciéndose, Dios es el único que sabe cuántos cálices de amargura nos quedan que apurar sobre la tierra!...

—Ellos lo han querido! murmuró Rosalia con siniestro tono. Ellos lo han querido! Basta!

Marta, que se había asido de su brazo, pudo sentir perfectamente los tumultuosos latidos de su corazón.

—Ah, Rosalia! exclamó profundamente conmovida, usted sufre, y quizás sufre por nada; quizás los agravios de que se queja, sean agravios imaginarios. Piense usted que á veces un mal entendido, causa la ruina de una familia. Abra V. su corazón á sus tíos, y cerciórese usted bien de que no la conceden la preferencia que es debida.

—Basta! repitió Rosalia, desasiéndose de su brazo con un movimiento brusco.

Habían llegado á los umbrales de la casa.

—Diga V. á mis tíos que no me esperen á cenar, repuso; diga V. que tengo dolor de cabeza y me he retirado á mi aposento.

Desapareció al decir esto, y Marta entró sola y meditabunda en el comedor, en donde ya esperaban D. Eusebio y Raimunda, sentados á la mesa.

Marta presentía la tempestad que iba á desencadenarse en torno suyo, como la presienten las aves cuando el cielo no ostenta todavía ninguna nube.

La cena fué triste y silenciosa.

Su encuentro con Rosalia no había hecho olvidar á Marta el que había tenido con la pobre loca, y así preguntó tímidamente á Raimunda, quiénes eran los habitantes de una casucha que había visto al extremo del bosque.

—Allí vive Antonio el leñador, respondió la anciana.

—Solo? insistió Marta.

—Con su mujer.

—Quizás tenga forasteros.

—Difícil sería, porque su habitación consta solo de una pieza, que es á la vez dormitorio, recibimiento y cocina.

—Es que he creído ver salir de ella á una señora joven y distinguida.

—Jesus mil veces! exclamó María Juana, que servía á la mesa. Una señora en esa covacha! ¡Buena es la tía Rufina para tener consigo á nadie! ¡Con ella no puede habitar ningún cristiano!

Miróla severamente D. Eusebio, y la vieja sirvienta bajó los ojos avergonzada, pero no sin que refunfuñase entre dientes.

—Bien sé que es mal hecho murmurar del prójimo, pero no sé si es prójimo esa bruja.

Y asustada de su propio atrevimiento, María Juana, que era muy buena é incapaz de decir mal de nadie, se marchó precipitadamente á la cocina.

Tampoco Marta se atrevió á insistir, pero así que se halló sola en su cuarto delante de su mullida cama, cubierta de blancas sábanas, sintió un vivo remordimiento de disfrutar de aquellas comodidades, mientras la pobre loca tal vez andaba errante por los campos, expuesta á los mil peligros que ofrecen la soledad y la noche.

Recordó su brazo acardenalado, que casi brotaba sangre, recordó su palidez enfermiza, la demacración de su cuerpo, y se preguntó á sí misma si le era lícito entregarse al sueño, sin hacer nada en favor de aquel sér desvalido que tanto la había interesado. Reprochábale además el haberla impelido á huir, si bien había obrado en esto instintivamente y movida de un buen deseo; representábanse á su acalorada imaginación, los mil desastres que podían ocurrirle por su culpa. ¡Quién sabe si la infeliz en medio de su alucinación se arrojaría á algún barranco? ¡Quién sabe si sería víctima de algún lobo

carnicero? Por otra parte, si el hombre que la andaba buscando la había encontrado, tal vez la maltrataría de nuevo en castigo de su fuga, sin que la desventurada tuviese quien la defendiera.

Marta, atormentada con todos estos pensamientos, y que tenía un alma enérgica, pronto tomó su partido.

Cogió la lámpara, salió quedo de su cuarto, y atravesando un largo corredor, fué á llamar á la puerta de la habitación de D. Eusebio.

—Está peor mi sobrino? preguntó este, abriendo con ademan azorado.

—No, oh, no! exclamó Marta, gracias á Dios esta tarde estaba mejor, mucho mejor. Soy yo la que necesito de su auxilio de V., D. Eusebio.

Y le contó en pocas palabras su aventura.

—Ha hecho V. bien de venir á consultarme, dijo el caritativo sacerdote; no podemos permitir que esa infeliz corra algún peligro vagando sola por el campo, ó sufra el mal trato de personas que obren tal vez así á impulsos de bastardas miras. ¡Tiene V. valor para que vayamos los dos juntos á recorrer las ruinas? Si voy yo solo huiré de mí, y no conseguiremos nuestro objeto de traerla á casa.

Marta, por única respuesta, corrió á su cuarto para envolverse en un manto.

Entretanto D. Eusebio se había provisto de una linterna sorda, porque la noche estaba muy oscura, y por colmo de desdicha, empezaba á caer una lluvia menuda, pero espesa.

Todos dormían ya en la casa, y pudieron salir sin ser vistos.

La campiña estaba desierta y silenciosa, y no se oía más ruido que el que producían las gotas de agua al caer sobre las hojas.

D. Eusebio y Marta anduvieron tan de prisa, que pronto llegaron al bosque.

Pero en vano buscaron á la fujitiva por las cercanías de la ermita, en vano la llamó Marta con los más dulces nombres. Solo respondió á su voz el aleteo de las aves de rapiña, que despertaban asustadas al oír tan insólitos rumores.

Después de dar mil vueltas inútiles, D. Eusebio indicó la necesidad de volver á casa porque la lluvia arreciaba.

—Antes al contrario, dijo Marta, vamos á refugiarnos en la choza del leñador de quien hablan ustedes. Estoy cierta que la loca me mostró la humareda que salía de la chimenea de esa casucha, asegurándome que se había escapado de ella.

D. Eusebio aprobó su idea, y ámbos se dirigieron á una choza de paredes negruzcas, medio oculta entre el follaje de un huertecillo ó jardín que había á su espalda.

La puerta estaba cerrada, y no se veía el menor rayo de luz por entre las desquebrajaduras de las paredes.

D. Eusebio llamó, pero tuvo que llamar tres veces ántes de obtener respuesta.

Por fin la tía Rufina salió á abrir medio desnuda. Y en verdad que María Juana tenía razón, pues su aspecto recordaba el de las brujas de Lady Macbeth. Sus cabellos grises y enmarañados, figuraban una diadema de serpientes en torno de su rostro flaco, anguloso y macilento. Sus ojos verdosos, tenían una mirada torva que helaba el corazón, y en su presencia se experimentaba esa repugnancia que despierta la vista de un reptil inmundado. Su voz corría parejas con su aspecto. Era metálica y discordante.

—Cómo! qué es V. señor cura? balbuceó restregándose los párpados, como si despertase de un profundo sueño.

—Yo, hija, respondió D. Eusebio; yo, á quien ha sorprendido la lluvia, y que desearía descansar algunos momentos en tu casa.

La tía Rufina se inmutó visiblemente, é hizo inútiles esfuerzos por ocultar su turbación.

—Nuestro hombre duerme allí, dijo con voz temblona, señalando un montón de paja sobre la cual estaba efectivamente tendido el leñador. No tenemos sillas! No hay más que este taburete de madera.

—No creas que vamos á pasar aquí la noche, se apresuró á decir D. Eusebio, sino el tiempo que dure el chaparrón. ¡Esta señorita se acomodará sobre el taburete, yo estaré en pie!

Aunque no alumbraba esta escena más que la luz de la linterna que llevaba D. Eusebio, sin embargo, á su reflejo Marta pudo ver el gesto de disgusto que alteró el rostro de la tía Rufina.

—Conque has tenido huéspedes esta tarde? prosiguió diciendo el cura.

—Huéspedes! exclamó la leñadora afectando una sorpresa demasiado exagerada para que fuese verdadera.

—Y nada menos que á una señorita vestida de negro?

—Maldito pueblo! vociferó la tía Rufina, dando una patada en el suelo, ¡maldito pueblo en donde se calumnia á todo el mundo!

—Y en qué te han calumniado, hija? exclamó el buen

cura sorprendido. ¡Acaso habría algo de malo en que unos forasteros que hubiesen venido á pasear por el bosque se detuviesen á descansar en tu cabaña?

—¡Ya, pero como juro por el alma de mis padres que no es cierto!

—No jures, Rufina, no jures por una cosa de tan poca monta.

—Es que luego creerán que hemos recibido una buena propina, y cuando una vaya á pedir una hogaza de pan ó algun desperdicio de cerdo, la darán con la puerta en los hocicos. Qué le parece á V.?

—Esto no es cierto, Rufina, las buenas almas jamás ajustan á los pobres unas cuentas tan estrechas.

Además que á mí nadie me ha contado nada.

Yo he visto á esa señora paseando por las ruinas hace poco menos de una hora.

En aquel instante, Marta creyó oír un dolorosísimo gemido, pero tan hondo, tan lejano, que casi se parecía á un suspiro.

—Es nuestro hombre que sueña! se apresuró á decir Rufina.

Su misma disculpa la acusaba.

—No tiene V. más habitación que esta? preguntó Marta, mirándola fijamente.

—Ve ahí las cuatro paredes mondas y lirondas, señorita, respondió



26. Punto de aguja para fichús, pañuelos, etc.

cho más en donde guardar el trigo que nos dan de limosna.

Don Eusebio y Marta permanecieron allí todavía algun tiempo sin poder arrancar á la leñadora ni la más leve confesion.

Cuando por fin se decidieron á volver á su casa, Rufina se apresuró á darles las buenas noches, y cerró la puerta tras ellos con violencia.

—No ha oído V. varias veces como un lamento? exclamó Marta así que estuvieron solos.

—Sería el aire.

—Oh, no! Cada vez que resonaba, esa mujer se ponía livida.

—Pues no se cómo podía ser eso. Esa cabaña forma parte de nuestras posesiones; nosotros se la cedimos á Antonio cuando se casó, y puedo asegurar que no tiene más aposento que el que hemos visto. De todos modos, hemos practicado cuantas diligencias nos ha sido posible para descubrir á esa infeliz, y nada más podemos hacer por esta noche. Mañana iré yo á la aldea, y procuraré recoger algunos datos que nos faciliten la solución de este misterio.

Ahora volvamos á casa. Está V. calada de agua y tiritando de frío.

Hablando, así redoblaron el paso, y media hora despues. ámbos dormían, aunque con un sueño inquieto y fatigoso.

(Se continuará.)

SECRETOS

del
HOGAR DOMÉSTICO.

Estamos en la época de los bailes y las reuniones, y creo oportuno dar algunos consejos á las amas de casa para que realicen esos milagros llamados *secretos del hogar doméstico* por los franceses, y que consisten en obsequiar á los amigos, y hacerles agradable la estancia en una casa con el menor dispendio posible.

La gracia en todas las cosas de la vida, es el hada misteriosa que sabe embellecerlas y poetizarlas hasta lo infinito. Hay personas que gastan mucho sin lucimiento; hay otras que, queriendo aparentar unos medios que no tienen, pretenden deslumbrar á sus convidados con engañosas apariencias. En el justo medio está la virtud, como dice un refran tan antiguo como el mundo.

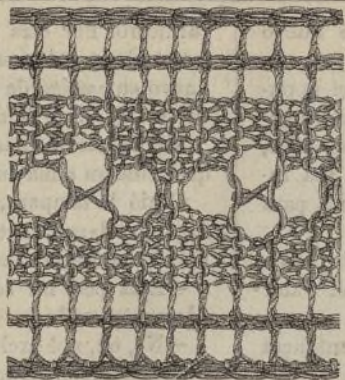
No ha mucho sorprendí el diálogo siguiente: —Va V. hoy á comer á casa de la señora de B.?

—No, contestó el interpelado; su mesa es á la vez h uerto y jardín, pues en ella solo se ven yerbas y flores: quería hacerme *brotar*, y la he enviado á *pacer*.

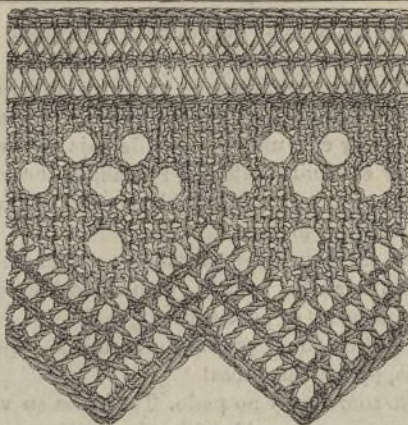
—En cambio su amiga de V., la señora de X., no presenta más que manjares suculentos, replicó el otro.

—No me hable V. de ella, exclamó el primero, porque me siento ahito solo con ver tanta carne presentada sin ningun bocadillo delicado que avive el apetito.

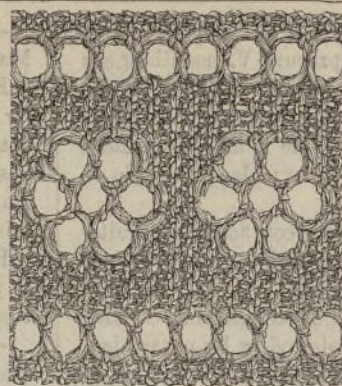
Lo mismo sucede en las reuniones. Si son íntimas, se sirve únicamente un té, pero cuidando de que las pastas que le acompañen sean muy variadas más que numerosas, no queriendo decir con



23. Entredós de punto de aguja.



24. Cenefa de punto de aguja.



25. Entredós de punto de aguja.

ir acompañado indefectiblemente de bizcochos pequeños ó uno grande cortado en rebanadas. — Para las reuniones musicales ó *danzantes*, como se dice ahora, se preparan de antemano las bebidas siguientes: una botella de horchata, otra de jarabe de limon, otra de jarabe de fresa, de grosella ó de frambuesa.

Se vierte en una tartera grande la botella de horchata, se le añaden cuatro botellas de agua filtrada, se mezcla el todo con una cuchara de plata, y luego se embotella el líquido, tapando herméticamente las botellas.



27. Punto de crochet para fichús, pañuelos, etc.

Del mismo modo se procede con las demás botellas de jarabe, limpiando bien la tartera cada vez, para que no conserve una bebida el gusto de la anterior. Terminada la primera pieza de música ó el primer baile, se presentan en el salon tres criados, el uno con una bandeja llena de vasos que contienen las bebidas antedichas, el segundo con una bandeja de pastelillos y el tercero con una bandeja vacía para recoger los vasos desocupados. Una hora más tarde, sirven una bandeja con helados, otra con barquillos y pastas delgadas, acompañándolas la bandeja vacía para recoger las copas. Pasada otra hora se sirven de nuevo las bebidas, y luego los helados, y á la una el ponche, que se ofrece en los vasitos destinados al vino de Burdeos, y otras bebidas calientes con bollos, presentados en otra bandeja. Se deben calcular dos helados para cada convidado; así será preciso pedir ciento para una reunion de cincuenta personas. Del mismo modo es necesario calcularla cantidad de las bebidas indicadas más arriba. Para una reunion de treinta y cinco personas, se necesitan doce botellas de jarabe mezclado su líquido con el agua, tres docenas de pasteles, un kilo de pastas secas y cuatro docenas de barquillos. Cuando el baile se prolonga hasta la madrugada, suele servirse en algunas casas caldo en tazas de té. — LA CONDESA DE ARACELI.

Explicacion del Figurin 1109.

FIG. 1.ª—*Traje de visita.* — Elegante vestido de reps de lana color Habana muy claro, adornado con lazos de la tela, trencillitas

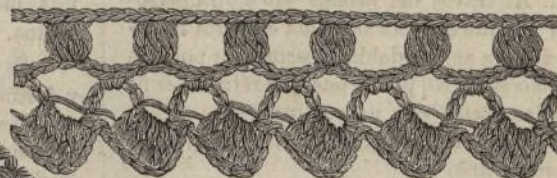
negras y grandes botones moda. Tanto las dos puntas que bajan de los costados de la túnica, como la graciosa esclavinita, terminan con una borla. El adorno de la falda, sumamente original, consiste en dos gruesos rulós ondeados y realzados con lazadas y lazos de cinta habana. Sombrero de reps de seda habana, adornado con lazos del mismo color, plumas negras y encarnada, sprity velete negro sirve de complemento á este sencillo traje.

FIG. 2.ª—*Traje de baile para joven-cita.* — Vestido de tarlatana blanca, adornado con bieses rosa y guarniciones bordadas. El delantero de la falda está guarnecido con volantes puestos al biés, y que suben á unirse bajo un doble ruló de tafetan rosa, terminado con un lazo. La túnica, guarnecida de bieses y cenefa, forma delantal muy corto por delante, desciende en manto por atrás, y va recogida en los costados por un ramo de rosas con caída. Ramitos de rosa adornan el pecho, los hombros y el peinado.

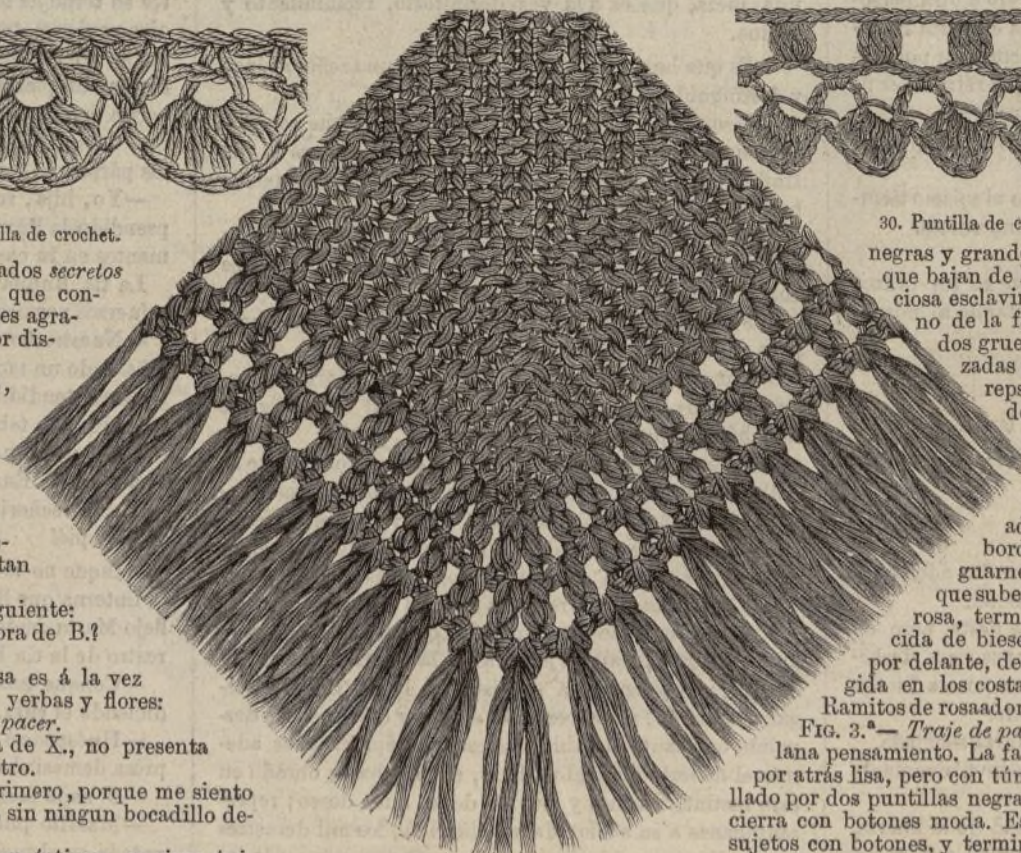
FIG. 3.ª—*Traje de paseo para joven.* — Vestido de satén de lana pensamiento. La falda va plegada á tablas por delante, y por atrás lisa, pero con túnica figurada por medio de un ruló orillado por dos puntillas negras y recogida en pouf. El cuerpo-túnica cierra con botones moda. Esta última lleva tres gruesos pliegues sujetos con botones, y terminados con fleco, que suben á descansar sobre el pouf, completándose en los costados con cuatro caídas de la tela. Sombrero pensamiento adornado de lazos de terciopelo negro, plumas pensamiento y velete negro.



29. Puntilla de crochet.



30. Puntilla de crochet.



31. Punta del fichú-pañuelo núm. 28. (Fondo y cenefa)

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª Edicion, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO.

Administracion: Plaza de Prim, núm. 2.

Tip. de G. Estrada, Dr. Fontanet (Antes Yedra), 7.

Editor-proprietario: Carlos Grassi.